

saben ni lo que ha hecho ni lo que es anticonstitucional.» Y el día en que la reina abrió el parlamento escribe en su Diario: «Me alegré de ver que el príncipe no fué mal recibido. Los últimos ataques contra él han sido infames y absurdos hasta lo sumo. Me da vergüenza por mi país. Sin embargo, ha empezado la reacción.»

A principios de Marzo marchó la escuadra del Báltico bajo el mando de sir Carlos Napier, que pocos días antes de su partida había sido agasajado con un banquete público, á que asistieron algunos de los individuos principales del gobierno. Los discursos que se pronunciaron con ese motivo no pueden leerse, ni aun ahora, sin un sentimiento de vergüenza. Su tono y su substancia no pueden pintarse mejor que con el calificativo de anti-ingleses. Nunca ha sido costumbre de los estadistas británicos declamar jactanciosa y apasionadamente contra una potencia extranjera á quien no se ha declarado la guerra, y menos ha sido costumbre de los marinos británicos regocijarse anticipadamente de una victoria que está por alcanzar. Mr. Bright, en la cámara de los comunes, hizo alusión al hecho de haber asistido á esa desdichada fiesta algunos individuos del gabinete. «He leído — dijo — con pena y humillación lo que pasó en ese banquete. La irreflexiva ligereza de que se dió testimonio es, á mi juicio, un descrédito para estadistas serios y responsables de una nación civilizada y cristiana.» Bien pocos vestigios de gravedad política ni de cristianismo hubo en la réplica de lord Palmerston. Empezó por dirigirse á Mr. Bright con los calificativos de «honorable y reverendo». Fué llamado al orden por esa gran violación de la cortesía parlamentaria; pero en vez de aprovecharse de la interrupción para recobrar el do-

minio de sí propio siguió hablando en un tono que, aunque no justificase la intervención del *Speaker*, era muy contrario al gusto y al juicio de sus colegas. Macaulay, por primera y última vez de su vida, no halló nada que decir en defensa de su favorito. «Fuí á la cámara el lunes — escribe; — pero mejor hubiera hecho en quedarme fuera. Oí decir á Bright todo lo que yo pensaba; y oí á Palmerston y á Graham ponerse en berlina lastimosamente. La falta de serenidad, de juicio y de cortesía de Palmerston era casi increíble. En tres minutos se hizo más daño á sí propio que el que han podido hacerle en veinte años sus enemigos y detractores de todo el mundo. Me vine á casa completamente descorazonado.»

Aunque Macaulay no propendía á contar prematuramente con triunfos que aun estaban por venir, nadie se le anticipó á enorgullecerse como inglés en cuanto nuestro ejército le daba algún motivo de orgullo. No tuvo mucho que esperar. «¡Fausta noticia! — dice el 4 de Octubre de 1854. — Me temo que demasiado fausta para ser completamente verdadera. Sin embargo, hay motivo para un gran abatimiento. Una consecuencia, é importantísima, de estos triunfos es que la guerra, que hasta ahora no ha sido nacional en Francia, llegará á serlo; y, por consecuencia, que ni la muerte del emperador ni cualquiera revolución que pueda sobrevenir disolverán fácilmente la alianza actual.» Su Diario revela, durante los meses de invierno, hasta qué punto estaban siempre presentes en su espíritu los peligros y penalidades de nuestros soldados, y con qué profunda admiración veía cada testimonio sucesivo de la disciplina, el sufrimiento y la intrepidez con que arrostraban tales peligros y penalidades. «Estoy intranquilo — escribe el 13 de Noviembre —

por nuestros valientes de Crimea, pero orgulloso por el país, y contento de ver que el valor nacional raya tan alto y es tan invencible.» Macaulay miraba con grande y creciente satisfacción la buena disposición de sus compatriotas para hacer todos los sacrificios que la guerra exigía. Recordaba á todo el mundo que Inglaterra no había adquirido de balde su prosperidad y su independencia, y no podía conservarlas sino en tanto que estuviésemos dispuestos á pagar su precio. Expresó cumplidamente esta idea al saber la noticia de la gran batalla que probó, más duramente que ninguna, desde los días de Albuera, ese valor británico, que, para usar sus propias palabras, «nunca es tan firme y sereno como hacia el fin de una dudosa y sangrienta acción.» He aquí los términos en que escribió, teniendo sobre la mesa el periódico que relataba la batalla de Inkermann: «El interés que excita la guerra es tan grande como el que solían excitar en los días de mi infancia las operaciones del duque de Wellington. En general, estoy muy satisfecho. Es imposible no apesadumbrarse por la pérdida de tanto valiente y por la angustia de tanta familia. Pero es una gran cosa que, después de la paz más larga que se ha conocido, nuestro ejército se halle á más altura que al fin de la última guerra. El espíritu del soldado y de todo el país, es una completa garantía contra peligros como los que nos amenazaban hace dos ó tres años. En el porvenir, nadie pensará durante mucho tiempo en invadir á Inglaterra (1).»

(1) Macaulay dice en una carta fechada en Agosto de 1857: «Lord Panmure me ha pedido que componga una inscripción para una columna que se está construyendo en Scutari, en honor de los soldados y marineros ingleses que murieron en el Oriente durante la última guerra. No es cosa llana, como podeis supo-

Ahora había llegado la ocasión de poner en práctica la parte del Acta de la India de 1853, referente al nombramiento del personal administrativo por oposición. Sir Carlos Wood confió el encargo de proyectar las disposiciones necesarias á un comité de hombres distinguidos bajo la presidencia de Macaulay (1). «Estoy haciendo el informe (escribe en 1.º de Julio de 1854). Debo terminarle y le terminaré en una semana.» Acabó el borrador el 7 de Julio; le copió el sábado 8, y se le leyó á su cuñado el domingo. «A Trevelyan (dice) le gustó mucho»; y no es extraño, porque Macaulay había procurado hacer valer todo lo bueno del sistema, evitando sus peligros. Trazó un plan sencillo, pero eficaz, para dar ingreso en la administración á hombres competentes y de carácter, de relevantes dotes y sólido saber, y para excluir á los que cifrasen sus esperanzas de éxito en una acumulación de conocimientos heterogéneos á medio digerir.

Nada más lejos de nuestro ánimo (escribía) que ofrecer premios por un saber de mucha extensión y

ner: Dadme vuestra opinión sobre lo que he escrito. Como veréis, es concisa y de una austera sencillez. No hay un solo adjetivo. En eso creo que estoy acertado. Pero sobre la bondad de la inscripción en otros sentidos, tengo grandes dudas.

A LA MEMORIA  
DE LOS SOLDADOS Y MARINEROS BRITÁNICOS  
QUE  
DURANTE LOS AÑOS 1854 Y 1855  
MURIERON LEJOS DE SU PATRIA  
EN DEFENSA DE LAS LIBERTADES DE EUROPA,  
ERIGE ESTE MONUMENTO  
LA GRATITUD  
DE LA REINA VICTORIA Y DE SU PUEBLO.  
1857.»

(1) Los colegas de Macaulay eran lord Ashburton, el doctor Melvill, director del colegio de Haileybury; el Dr. Jowett y sir John Shaw Lefevre.

de poca profundidad. Creemos que no debe inspirar confianza un candidato porque trate de materias que sólo conozca superficialmente. El conocimiento profundo y preciso de una sola lengua debe decir más que malas traducciones y temas en seis lenguas. Un sólo papel que revela en el que le ha escrito plena comprensión de los principios del cálculo diferencial debe decir más que veinte respuestas incorrectas y superficiales á cuestiones de química, de botánica, de mineralogía, de metafísica, de lógica y de historia de Inglaterra...

En nuestro sentir, los puntos deben destruirse entre los temas de examen, de tal modo, que ninguna parte del reino y ninguna clase de escuelas, provea exclusivamente de servidores á la Compañía de la India. Sería, por ejemplo, una injusticia de bulto para con las grandes instituciones académicas de Inglaterra, no conceder una parte considerable de la determinación del éxito al arte en la versificación griega y latina. Ese arte no tiende, sin duda, directamente á formar un juez, un economista, ni un diplomático. Pero el joven que hace mejor lo que todos los jóvenes más capaces y ambiciosos que le rodean, se esfuerzan en hacer bien, llegará á ser generalmente un hombre superior; y no cabe duda de que un talento en que empezaron por distinguirse sobre sus compañeros. Fox y Canning, Grenville y Wellesley, Mansfield y Tenterden, denotan facultades que bien educadas y dirigidas, pueden prestar grandes servicios al estado. A la inversa, debemos recordar que en el Norte de esta isla se cultiva muy poco el arte de la composición métrica en las lenguas antiguas y que hombres tan eminentes como Dugald Stewart, Horner, Jeffrey y Mackintosh hubiesen sido quizá completamente incapaces de escri-

bir un buen ejemplar de arcaicos latinos ni de traducir diez versos de Shakespeare en yámbicos griegos. Nosotros deseamos ver establecido un sistema de exámenes que no excluya de la administración de la India á un Mackintosh ó un Tenterden, ni aun Canning ó un Horner.

Sigue después una lista completa de materias de examen, con la proporción de puntos que debe concederse á cada una. El gobierno indio adoptó esa lista en su integridad; y el mismo homenaje práctico se tributó á todas las recomendaciones del comité. Merece mención otro pasaje del informe, en cuanto atestigua la confianza con que Macaulay anticipaba que, en pureza y rectitud, los jóvenes funcionarios del porvenir no cederán á ninguna clase de funcionarios públicos del mundo.

«Esperamos y creemos asimismo que muy rara vez será necesario excluir á ningún novicio (1) por costumbres licenciosas ó por actos que desdigan de un hombre de honor. Los novicios serán jóvenes superiores á sus compañeros en ciencias y letras; y no es entre jóvenes superiores á sus compañeros en ciencias y letras entre quienes impera por lo común la inmoralidad escandalosa. Es notorio que ni una sola vez en veinte años se ha expulsado de Oxford ni de Cambridge á un estudiante que haya alcanzado alta distinción académica. La temprana superioridad en la ciencia y en la literatura indica generalmente la existencia de ciertas cualidades que son garantías contra el vicio—laboriosidad, desinterés, afición á los placeres no sensuales, laudable deseo de honrosa distin-

(1) Se entiende: un funcionario durante el período de prueba á que se le somete desde su primer nombramiento hasta su confirmación.—N. DEL T.

ción, un deseo aún más laudable de obtener la aprobación de amigos y parientes.—Creemos, pues, que la prueba intelectual que va á establecerse será también en la práctica la mejor prueba moral que pudiera desearse.»

Macaulay tenía esperanzas, pero no muy firmes, de que se siguiese en Whitehall el ejemplo del gobierno indio. «Hay buenas noticias públicas (escribe en Enero de 1854.) El plan para nombrar funcionarios públicos por oposición va á adoptarse en gran escala, y se mencionará en el discurso de la reina.» Hablé largamente con Trevelyan (dice otra vez) sobre el examen proyectado. Temo que pague demasiado á los examinadores, y que todo se convierta en un negocio (1). Eso me preocupa. Si la cosa da resultado, será un beneficio inmenso para el país.» La reforma del «Servicio civil» tuvo por campeón en el gabinete á Mr. Gladstone; y la introducción de los exámenes de concurso había sido vivamente recomendado en un informe por sir Carlos Trevelyan y sir Stafford Northcote, que se habían asociado para una extensa y minuciosa revisión de nuestros departamentos públicos. Pero no tardó en verse que muy pocos de nuestros políticos principales patrocinaban la medida. Para ellos, una cosa era privar á los directores de la India de su patronato, y otra muy diversa renunciar al suyo. Los dispensadores y los pretendientes de destinos alzaron gran clamor, y los patrocinadores del nuevo sistema tuvie-

(1) Se atajó después tal peligro con el nombramiento de Sir Eduardo Ryan para el puesto de jefe del «Servicio civil.» Ese hombre, verdaderamente eminente, que á la autoridad y experiencia de los años unía el vigor y el entusiasmo que rara vez sobreviven á la primavera de la vida, veló por la infancia del sistema hasta que, de proyecto y ensayo, se trocó en una institución.

ron que convenir en que no había llegado la hora de implantarle. «Fuí al Club (dice Macaulay el 4 de Marzo), y siento decir que encontré á todo el mundo furioso contra los planes de Trevelyan sobre el «Servicio civil.» He sido demasiado vehemente. No está el horno para rosquillas. Así lo creí siempre. Llegará el tiempo, pero no ha llegado aún. Temo que se sienta muy mortificado.

Se sintió mortificado, y tenía buenas razones para alarmarse, porque su porvenir se veía amenazado seriamente por la hostilidad de algunos de los hombres más poderosos del día. Pero no perdió el valor ni la serenidad. Acostumbrado á ser puesto delante en el momento del peligro y enviado á la retaguardia en el momento del triunfo, había sufrido tormentos más formidables que la que ahora se desencadenaba en todos los clubs y oficinas entre Piccadilly y Parliament Street. Macaulay, que vivía entre bastidores lo bastante para comprender toda la gravedad de la situación, estaba sumamente intranquilo por su cuñado. «Empeoran las noticias respecto á Trevelyan—escribe.—Trabajan contra él hombres que no tendrán empacho en hacer todo el daño que puedan. Pero él triunfará de sus dificultades, que siente menos que las sentiría yo en su puesto—menos, sin duda, que las siento yo por él.—He estado nervioso y sin ánimos toda la noche.» Durante las siguientes semanas, nunca estaba Macaulay tan abatido como cuando había pasado parte de la tarde en el club. Tales eran las ideas que reinaban entonces en el cuartel general del gran partido que se ha identificado después con el mantenimiento de un sistema al cual debemos, más que á ninguna otra causa, el que aumente la pureza de nuestra moralidad patética al paso que se hacen más

populares nuestras instituciones políticas: un sistema que los estadistas americanos de más perspicacia miran ya con noble envidia, sabiendo, como tienen muchas razones para saberlo, que es el único específico contra las corrupciones que minan su administración y rebajan el nivel de la virtud nacional.

Cuando Macaulay acabó de preparar sus discursos para la prensa, volvió á su *Historia*, y continuó trabajando en ella casi sin interrupción durante dos años, á partir de Noviembre de 1853. Su labor, durante este periodo de su vida, fué siempre excesiva para sus fuerzas. Sintió el esfuerzo más penosamente los primeros meses de 1854.

*Domingo, 1.º de Enero de 1854.*—Me parece que este va á ser un año de trabajo. Empecé bastante bien. El capítulo XIV exigirá buena dosis de labor. Trabajé en él algunas horas, flaqueando á ratos. Pero hay que hacerse firme y «emperrarse» en la faena, como decía Johnson. Leí algo de su vida con deleite, después medité un nuevo arreglo de mi *Historia*. Orden y transición son artes que estimo en mucho, pero que no me lisonjeo de haber alcanzado. Me he entretenido en leer en un Nuevo Testamento lapón, con ayuda de un diccionario noruego. Con tiempo puedo aprender buena porción de las dos lenguas de este modo.»

*6 de Febrero.*—Trabajé de firme para modificar el plan de los tres primeros capítulos del tercer tomo. ¡Qué trabajo es hacer un libro admisible, y qué pocos lectores conocen lo mucho que ha costado al autor la disposición de las partes! He acabado de leer nuevamente la mayoría de las obras de Burke. ¡Admirable! El hombre más grande desde Milton.

*Jueves 16 de Febrero.*—Me he quedado en casa y

no he hecho nada. Un día perdido. Al tratar de escribir, experimenté un sentimiento de impotencia y de postración, que no es nuevo para mí, pero que hace algún tiempo no me acometía. Envié 20 libras á \*\*\* y á \*\*\*. Luego me puse á trabajar y marché regularmente: el estado de Inglaterra al volver Guillermo del continente en 1692. Leí la vida de Lewis, *El Fraile*. ¡Persona rarísima! Uno de los mejores hombres, si no hubiese dado en la treta de escribir libros profanos é indecorosos. Excelente hijo; excelente maestro; y ambas cosas en circunstancias de prueba: porque fué hijo de padres viles, y maestro de una gavilla estúpida y desagradecida de negros.

*3 de Marzo.*—Me estuve en casa todo el día. Por la mañana había una niebla que me afectó al pecho y me hizo toser mucho. Estuve triste y abatido todo el día. Di en pensar que mi obra sería un fracaso; que mi reputación acabaría durante mi vida, y que, como Hayley y otros por el estilo, me vería obscurecido entre gentes que se preguntarían admiradas cómo había yo podido atraer nunca la atención. Esas nubes se disiparán seguramente.

Se disiparon á la venida del calor, y no tornaron con la vuelta del invierno. Durante una hermosa temporada de verano, pasada en condiciones que cuadraban perfectamente con sus gustos, se afirmó su salud; y por algún tiempo estuvo más fuerte que nunca desde su primera enfermedad grave. Su cuñado había tomado una casa en el pueblo de Esher, y Macaulay, por su parte, se instaló muy gozoso en mitad del único sitio feo que hay por aquellos deliciosos alrededores. «Estoy muy contento—dice—con mi casa. La cabaña—porque es una cabaña—es muy arregladita.» «Aquí estoy—escribe á Mr. Ellis—en una agradable